

ESPASA  HOY



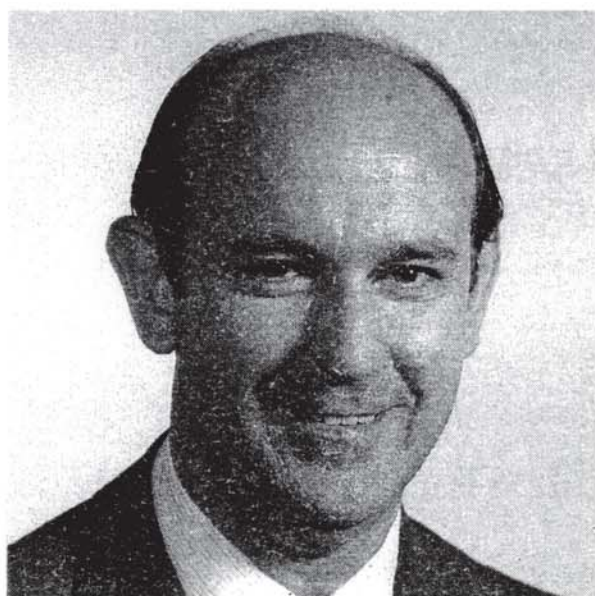
NADIE OLVIDA A
UN BUEN MAESTRO

Raúl Cremades

Prólogo de Federico Mayor Zaragoza

ANDRÉS OLLERO

«Me pasaba en el colegio desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche»



Andrés Ollero Tassara (Sevilla, 1944). Catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de Granada. Diputado por Granada desde la III Legislatura. Portavoz del Grupo Popular en la Comisión de Justicia del Congreso. Presidente de la Comisión de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico del PP. Premio Antonio de Nebrija del CSIC. Ha sido durante un decenio portavoz de Educación del Grupo Popular en el Congreso de los Diputados.

Andrés Ollero no da la impresión de ser uno de esos políticos obsesionados por figurar. Su rostro y su nombre no aparecen continuamente en los medios de comunicación. Sin embargo, en el gremio se le conoce bien por su tenacidad y su capacidad de trabajo. Un detalle significativo: durante los trámites para la entrevista hemos tenido que llamarle varias veces por teléfono a distintas horas, y siempre lo hemos localizado a la primera en su despacho del Congreso de los Diputados. Andrés nos comenta que el hábito del trabajo lo asumió desde pequeño en el seno de su familia y lo afianzó después en el colegio. Aunque solía ser uno de los primeros de su clase, nos confiesa que fundamentalmente tuvo dos grandes pasiones en su infancia: el fútbol y la lectura. De la primera de ellas da fe la cara de felicidad con que aparece sujetando un balón en la foto que nos ha facilitado. De la segunda deja constancia el hecho de que sus primeros ahorros se los gastara en novelas de Salgari.

¿Cuándo y dónde comenzó su escolarización?

Yo crezco en una familia numerosa; somos nueve hermanos y mi padre es médico. Mi primera alfabetización tiene lugar en casa; me la proporcionó María Morán Arriero. Creo que había estudiado Magisterio y tenía cierta experiencia docente por su relación con alguna de las comunidades religiosas que solicitaban ayuda profesional a mi padre. Como consecuencia cuando, a los seis años, voy por primera vez a un centro escolar ya sabía leer y escribir. Hice la preparatoria y el bachillerato de entonces, seis años más el preu, con los Jesuitas de Sevilla. Empecé en el colegio que había en la plaza de Villasís, en el centro de la ciudad, donde estuve dos años; luego se trasladó a la entonces llamada Huerta del Rey, en las afueras; emplazamiento que hoy conserva el co-

legio de Portaceli, en la calle Eduardo Dato, bastante cerca del estadio Sánchez Pizjuán. Formaba parte del colegio entonces los que hoy se llaman Jardines de la Buhaira, que les fueron expropiados. De ahí ya pasé a la Facultad de Derecho de Sevilla; por lo tanto, toda mi escolarización propiamente dicha fue con los Jesuitas. Se dio una circunstancia personal que creo me acabó favoreciendo. Mi hermano el mayor me lleva año y medio, y eso me fue marcando un ritmo de cierta precocidad, ya que hacíamos todo juntos. Aprendimos a leer y a escribir a la vez, con lo cual yo siempre iba algo adelantado para mi edad. Me hicieron perder un curso porque, si no, hubiera empezado el bachillerato con ocho años, lo cual no era posible; aun así fui siempre otro curso adelantado. Creo que eso de la precocidad puede marcar un poco, el hecho de ir con compañeros que son mayores que tú; porque a esas edades la diferencia de un año parece tener gran importancia; luego se convierte en anecdótica.

¿Qué recuerdos tiene de María Morán, la señora que le enseñó a leer y a escribir?

A ella le debo toda la instrucción básica y la ayuda para hacer los «deberes» durante los primeros años escolares. También es ella la «culpable» —entre otras cosas— de que yo no tenga ningún acento andaluz, a pesar de ser sevillano; lo cual quizá sea una tragedia, porque hoy día parece llevarse mucho. La gente cuando me oye hablar nunca sabe de dónde puedo ser. El caso es que ella era extremeña, pero tenía el prurito de que se pronunciara bien el castellano, evitando las características más marcadas del habla andaluza.

¿Dedicaban tiempos programados y regulares a esas primeras tareas en casa?

Sí. Creo que asimilé desde entonces el hábito del trabajo. No formal, a toque de campana; pero por supuesto había una idea clara: por las mañanas había que trabajar, hacer caligrafía o cuentas. Esa idea de que había que trabajar todos los días, la verdad es que luego la he conservado durante toda mi vida. En el colegio muchísimo más, porque era todo a golpe de sirena. Ya en la universidad eso cambió un poco. Recuerdo que en mi primer mes como alumno de la Facultad de Dere-

cho probablemente fuera al cine todos los días. Menos mal que entré pronto en contacto con el Colegio Mayor Guadaira, del Opus Dei, y el trabajo volvió a primer plano. Tanta libertad era todo un descubrimiento. En aquella época, por ejemplo, en el colegio teníamos clase hasta los sábados por la tarde; había vacación solo la tarde del jueves. Luego, ya antes de acabar el bachillerato, se amplió cambiando por las tardes de miércoles y sábados.

¿Qué valores le transmitió la escuela en consonancia con los que recibía en su casa?

En el fondo creo que eran los mismos, porque mi padre había estudiado con los Jesuitas también. Había sido incluso *príncipe del colegio*, que era un asunto que seguía existiendo cuando yo empecé a estudiar y continuó en vigor —yo terminé el año 1960— hasta 1957. Cambió cuando fue rector del colegio el padre José Antonio de Sobrino, que escribía y publicaba libros para jóvenes en la editorial Escelicer: *Corazón de cristal*, *Buscando su vida...* Unos libros que parecían destinados a plantear la posibilidad de una vocación religiosa a la gente joven. Y él cambió esa nomenclatura clásica, de *príncipe del colegio*, *regulador*, *brigadier*, *sub-brigadier* (yo llegué a ser *sub-brigadier*, me parece que de ahí no pasé), y pasó a la de *jefe de curso* y cosas así; algo más al día, siempre por méritos académicos. Esa idea de la competencia, no tanto en el sentido de lo que hoy llaman «competitividad», sino como afán de superación, eso sí que me lo habían inculcado ya en casa, y luego en la formación que se daba en los Jesuitas era una pieza bastante clave. Por ejemplo, en aquellos primeros cursos, a los seis años, en Villasís, aún perduraba un recurso que no duró mucho luego. La clase se dividía en dos grupos: cartagineses y romanos, por ejemplo; o celtas e iberos; para ir preguntando a unos y otros en abierta competición. Luego, ya en segundo curso, que es cuando empezamos el latín, había una figura muy curiosa, que era en el colegio el arquetipo de profesor duro: el hermano Pascual, que nos ponía en fila y, al preguntar, iba mandando a la cola al que fallaba. Una técnica que se usaba mucho en los famosos concursos de catecismo. Era la idea de la competencia, entendida fundamentalmente como superación, con un escenario de competencia deportiva frente a un adversa-

rio. Por otro lado, se le daba también bastante importancia a lo memorístico. Yo, la verdad, siempre he tenido buena memoria, y por eso rendía bastante en cuestiones como el catecismo. Lo que pasa es que estamos hablando del año 1950, cuando tengo seis años; creo que alguno de estos elementos ya no pasaron del 1955; por ejemplo, lo de esas competiciones. Cobraban, a veces, una escenificación pública; lo que se llamaba «concertación», ante las familias como público, con motivo de algún día muy señalado; aunque esto ocurría rara vez. Recuerdo incluso en el patio de Villasís alguna competición con un sistema con el que, tras las preguntas falladas, nos ponían una especie de banda que, según el color, indicaba que uno quedaba herido, prisionero o muerto; unas cosas muy curiosas.

Una terminología muy relacionada con lo militar, ¿no?

Sí, quizá consecuencia un poco todavía del ambiente de posguerra, aunque en ese aspecto nuestro colegio era algo peculiar. Por ejemplo, allí nunca cantamos el *Cara al sol*, ni hubo ningún tipo de ceremonia de esas que en las escuelas públicas —según he oído, porque yo no lo viví— parece que aún se estilaban; sino que había un planteamiento bastante más liberal. Iba por allí un profesor de *formación política*, que sí que era del Movimiento, pero se notaba mucho que estaba en territorio ajeno.

¿Qué recuerdos tiene de los profesores de su colegio?

Los profesores que tuve no solían ser licenciados, eran jesuitas —*maestrillos*, como ellos mismos se llamaban en su argot— que estudiaban teología todavía y vivían ese período de formación personal, que parecía incluir el «aguantar» niños durante una temporada; más tarde se ordenaban sacerdotes. Creo que fueron algunos compañeros míos de colegio, que son jesuitas hoy día, los primeros —si no los de mi promoción, los de la anterior— en ir a la universidad, después del noviciado, para hacer una licenciatura. En aquel momento, recibíamos una enseñanza con efectos oficiales reconocidos, pero sin que se exigiera todavía una específica cualificación profesional al profesorado. No deja de ser curioso que, sin embargo, el colegio tuviera un claro prestigio de calidad en la ciudad. En Sevilla era, sin duda, el colegio más demandado; quizá por razones no solo académicas, sino vincula-

das a la formación religiosa o, a veces, a las relaciones sociales. El más prestigiado por motivos estrictamente académicos era el San Francisco de Paula, que estaba en la misma calle en que yo vivía; pese a su nombre, era un colegio privado laico. Además, el instituto; en aquella época, masculino solamente había uno en Sevilla: el San Isidoro. Luego vendrían otros y, mucho después, la enseñanza mixta. Portaceli era el colegio de la burguesía sevillana, seguido quizá en parte por el de los Maristas; luego, ya años después, empezó a funcionar el Claret en la zona donde está el campo del Betis.

¿Los profesores eran todos jesuitas?

En su mayoría, sí. En los primeros cursos, en la preparatoria, había algunos profesores seculares, y durante el bachillerato recuerdo también algún otro; pero la proporción podría ser de uno a cinco, como mucho. Aquellos profesores seculares tampoco tendrían una titulación necesariamente. Ya hacia el final del bachillerato sí que empezó a haber alguno titulado. Otra cosa que me llama la atención de esa época, y que luego he lamentado, es la poca importancia que se daba a los idiomas; por otra parte, era un momento de claro predominio del francés. Creo que, entre mis hermanos, por lo menos los dos primeros estudiamos francés; quizá a partir del tercero o cuarto ya empezaron a estudiar inglés. Al principio era minoritario, pero poco a poco —lógicamente— se acabó imponiendo. Además, las clases de idiomas eran muy poco rigurosas. Los profesores no solían ser nativos, pero cuando con el tiempo hubo alguno fue peor el remedio que la enfermedad, porque en las clases se armaban unos líos espantosos. Recuerdo un belga que nos dio francés, cuando estábamos en quinto de bachillerato, y me parece que ni siquiera llegó a terminar el curso por los *bollos* que se montaban en clase; con muy poco sentido común por parte de los alumnos, que no valorábamos en absoluto lo que nos estábamos jugando. Aquello era un auténtico caos. Siempre en los colegios cuando hay algún profesor al que se le ve con la moral más comida es fácil que se ensañen con él y que haya más follón en sus clases. El comportamiento del alumno en las clases dependía siempre, en gran medida, de la capacidad de aplomo del profesor.

Luego, claro, en ese aspecto de los idiomas tuve que organizarme por mi cuenta.

O sea, que el problema estaba en los profesores y en la didáctica que empleaban.

Sí, claro. Imperaba por encima de todo la didáctica del libro; no había otro elemento. La pronunciación no se cuidaba mucho. Todo consistía en estudiar verbos y, en el fondo, seguir el mismo modelo con el que habíamos aprendido el latín; sin que hubiera ninguna diferencia entre el modo de estudiar una lengua muerta y otra viva. Por entonces, no se conocía ni por asomo algo así como un laboratorio de idiomas.

También habría buenos profesores en su colegio...

Por supuesto. Recuerdo, por ejemplo, a José Luis Fernández Trespalacios, que nos dio la filosofía muy bien. Sus explicaciones sobre Kant se me han quedado muy grabadas. Según creo, es catedrático de universidad ahora. En el profesorado había calidad. Hay que tener en cuenta que eran personas bastante selectas, que se habían apartado hacia estudios de teología y de filosofía por razones vocacionales; pero eso no significaba que no tuvieran una gran capacidad intelectual, sino todo lo contrario, en la mayoría de los casos. También recuerdo al profesor de griego. No sé por qué, pero los hábitos mentales que adquirí en el estudio del griego me sirvieron mucho para estudiar alemán después. Además, éramos muy pocos los de letras —solo trece— y eso permitía un tipo de educación mucho más personal. Este era un robusto vasco: el padre Uriarte, muy aficionado al rapé; la verdad es que aprendimos mucho griego con él.

¿Qué otros idiomas domina usted?

Aparte del francés —que puedo leer sin mayor problema, porque además de lo que estudié en el colegio lo he ejercitado después—, luego, por razones profesionales, he estudiado alemán, en sedes del Goethe Institut en Alemania a lo largo de varios años; y más tarde italiano, a base de vivir en Italia porque he tenido becas y he estudiado algún tiempo allí, así que también maltrato el italiano con bastante soltura. En inglés, sin embargo, puedo leer sobre todo, cosas de mi espe-

cialidad sin mucha dificultad, pero hablarlo es mi asignatura pendiente, y lo noto muchísimo; por eso añoraba que alguien me hubiera advertido a tiempo de que el inglés era el idioma del futuro.

¿Qué tipo de alumno era usted?

Era de los primeros de la clase, pero no necesariamente el primero ni el segundo; aunque sí estaba en el grupo de cabeza, entre el tercero y el quinto más o menos. Eso sí, como comenté antes, con bastante afán de superación y dándole mucha importancia a las calificaciones. Lo de las notas era un asunto serio. Había que llevarlas a casa y en el ambiente familiar, con los mayores, se vivía una tónica de bastante exigencia. Ni siquiera el hecho de que uno sacara mejores notas que otro servía de excusa, porque se nos decía que cada cual tiene su capacidad y no se trataba de compararse continuamente, sino que cada uno debía rendir a su nivel. Luego, cuando fueron entrando en juego los pequeños, aquello fue cambiando.

¿Cómo vivía usted, con su mentalidad infantil, la realidad del colegio, ese interés por sacar buenas notas, por superarse cada día?

Era una época donde el colegio era todo. Primero por el horario; que además en mi caso se acentuaba, porque en el colegio, además de internado, había un asunto que se llamaba la «permanencia»: alumnos que no éramos internos, pero nos quedábamos unas horas a estudiar con ellos al acabar la jornada escolar. Supongo que esto mis padres lo hacían porque éramos una familia muy numerosa con una vivienda reducida, sobre todo en algunos momentos; luego nos mudamos varias veces y al final vivimos en una casa antigua de estas de Sevilla, con patios y tal, donde habían vivido los abuelos; pero inicialmente era más complicado estudiar y trabajar tantos niños a la vez. Así que, para garantizarnos un cierto ambiente de estudio, yo me pasaba en el colegio desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche. Íbamos a comer a casa, porque en aquella Sevilla no había muchas distancias. El colegio, pues, era todo. Los amigos eran los amigos del colegio. Aunque en el verano se rompiera eso un poco, se daba un fenómeno curioso: cuando los amigos del verano se encontraban luego durante el invierno casi no se saludaban; eran amigos de temporada y cuando se

cambiaba el *chip* ya era una cosa distinta. Pasé muy buenos ratos en el colegio. Recuerdo que en los últimos años en la clase de letras, en la que coincidía con Antonio Burgos, hacíamos una especie de panfleto que titulábamos «La grafía, revista redactada sin faltas de ortografía», simplemente por entretenernos. Nos lo pasábamos muy bien. Éramos muy pocos los de letras y teníamos un gran contacto mutuo.

¿Le gustaba hacer deporte?

Sí, el deporte allí era el fútbol. Jugábamos sin ropa deportiva, con la de calle; si llovía, como había charcos, volvíamos a casa totalmente embadurnados de barro. Para hacer gimnasia tampoco utilizábamos ningún tipo de indumentaria especial, sino que se hacía con el *babi* que llevábamos; o con el *comando*, un poco más corto, que llevábamos luego, pero sin mayores complicaciones. Recuerdo que ya estaríamos en quinto de bachillerato y llegó un profesor de gimnasia un poco innovador que introdujo el balonmano en el colegio. Alejandro Rojas Marcos, que estudiaba algunos años por delante de mí, fue de los primeros en apuntarse. Ya entonces se apuntaba a un bombardeo... También empieza a hacerse algo de baloncesto por el año 1958. Pero, hasta ese momento, el fútbol era el único deporte existente. No sé si influía la proximidad del viejo campo de Nervión. Sí había algún alumno del colegio hijo de futbolista —de Araujo, por ejemplo, que era entonces muy popular— y su padre iba a veces a entrenar o a arbitrar partidos; lo cual hacía que aumentara aún más la afición futbolística.

Ustedes eran niños de clase media alta en una época de carencia generalizada en España, ¿recuerda que en el colegio les educaran en la importancia de ayudar de alguna manera a los que no estaban tan bien?

Sí. Por un lado, estaba la cuestación del Domund, con esa cierta competencia entre los cursos a ver quién recaudaba más. En el fondo, aquello realmente era lo que hoy llamaríamos una «movida»; una cosa divertida, pero nada que provocara en nosotros sentimientos especialmente profundos. Sin embargo, lo que también se hacía —y esto lo recuerdo porque me impresionó, cuando estaba en cuarto de bachillerato, o sea, con unos doce años— era ir a zonas de Sevilla donde se vi-

vía en unas condiciones realmente calamitosas; como hoy día no existen. Algo como lo que fue en Sevilla el Vacie, aunque en este caso se llamara la Cruz de la Vereda o Palmete. Era una zona que estaba más allá de Hytasa, donde se acababa Sevilla. Era curioso porque en Hytasa acababa el tranvía, y se notaba porque los raíles se levantaban curvándose, como diciendo «ahí quedó». A partir de allí había unas chabolas increíbles en medio de un barrizal espectacular. Nosotros íbamos a dar catequesis a los niños y fue nuestro primer contacto con la existencia de un mundo muy distinto del que estábamos acostumbrados a ver. Creo que aquella experiencia me inutilizó para hacer más en el futuro fórmulas económicas demasiado «liberales». Cuando oía lo de la «mano invisible» recordaba inevitablemente aquella miseria invisible, para todo el que se metiera en el barro hasta los tobillos. Me acompaña desde entonces una sana mala conciencia ante la desigualdad social, que me parece comparte la mayoría de los españoles. Los Jesuitas, en colaboración con otros grupos cristianos, intentaban remediar algo aquella situación de emergencia. En el colegio existía, a la vez, un asunto que con el tiempo choca. Era la figura de los «gratuitos», que cursaban enseñanza aparte. Imagino que se trataría del ingreso en bachillerato y quizá algunos cursos de formación profesional. La verdad es que no llegué a enterarme muy bien, porque estaban en un edificio ajeno, en el que hoy es el parque de la Buhaira, una especie de castillo mudéjar que hay por ahí. Funcionaban aparte, tenían incluso un *babi* de distinto color, y no había contacto alguno entre unos alumnos y otros. Todas estas cosas nos ayudaban a tomar conciencia de la existencia de unos problemas sociales serios, aunque aún no se había llegado sin duda al grado de conciencia social que luego se experimentaría dentro del mismo colegio de los Jesuitas después de 1960. Las ocasiones de contacto eran a través de variantes de tipo benéfico. En Navidad, por ejemplo, se organizó alguna vez que lleváramos regalos a un centro que tenía un jesuita muy conocido en Sevilla, el padre Trenas, al margen del colegio; también allí debía de impartirse alguna enseñanza de formación profesional. Indirectamente, todo esto puede ayudar a entender las dificultades que aún reviste cualquier intento de plantear la formación profesional como una enseñanza tan digna como otra cualquiera, e incluso con mejores expectativas prácticas.

¿Hay algún germen de su vocación política en la etapa escolar?

No sé. Quizá sí de una cierta actuación pública. Tampoco había mucha oportunidad, aunque ya en nuestro curso empiezan a producirse fenómenos propios de una nueva época. Por ejemplo, nuestro curso es el primero en el que surge un conjunto de música moderna, del que formarían parte figuras luego conocidas. El que tocaba la batería era Josele Rojas Marcos, hoy más conocido como el doctor Luis Rojas, psiquiatra en Nueva York, por decirlo al modo lorquiano. El vocalista era Manolo Fombuena, que fue senador con la UCD. También se puso en marcha un pequeño periódico a ciclostil, que era toda una novedad. Por otro lado, los Jesuitas nos repetían mucho una idea, que nos acostumbramos a oír pensando que más adelante se vería en qué consistía aquello. Se trataba de hacernos reflexionar sobre el hecho de que los que estábamos allí íbamos a ser los que dirigiríamos la sociedad en un futuro. Al terminar el colegio y llegar a la facultad, por ejemplo, sí que se iba ya con la mentalidad de que algo habría que hacer. Yo, por ejemplo, en primero de Derecho ya me presenté a unas elecciones y fui elegido por mis compañeros representante del curso. Aunque en mi caso particular pueden haber influido también otros aspectos de tipo familiar. Mi tío Carlos Ollero, que era miembro del Consejo Privado de don Juan de Borbón, catedrático de Teoría del Estado y con el tiempo sería senador real; era un hombre políticamente muy activo, con el que por razones familiares tenía esporádicos contactos que me dejaban clara huella y con el tiempo se fueron haciendo más frecuentes. Luego, estaba Juan Antonio, un hermano de mi padre, que era abogado del Estado. Con frecuencia en familia me lo ponían indirectamente como ejemplo a imitar, sobre todo mi madre; con el tiempo fue director general de lo Contencioso y más tarde subsecretario de Obras Públicas, con Silva. También esporádicamente conocí a otros políticos de cerca. Mi padre era tan amigo de Luis Ortiz Muñoz que fue padrino de bautismo de una de mis hermanas. Catedrático de instituto de gran prestigio, fue subsecretario con Ibáñez Martín; su hijo es diputado ahora y fue ministro: Luis Ortiz González. Tuve ocasión de verlo por casa con frecuencia y, de pequeño, he estado presente en tertulias —un género típico de familias numerosas— oyendo lo que decían los mayores; sin entenderlo

del todo, pero quedándome con lo fundamental. Mi padre era «juanista» confeso, de lo que daba fe una foto dedicada que ya por los cuarenta presidía la sala de estar; así como otra de la infanta (en Sevilla no hay que precisar cuál), abuela del actual Rey de España, enmarcada en plata con la firma de sus hijos, porque mi padre la había atendido como médico durante años. Por un lado o por otro, lo político no fue elemento totalmente ajeno a mi vida infantil.

O sea, que los Jesuitas de algún modo pretendían prepararles desde pequeños para servir a la sociedad en el futuro.

Los Jesuitas no hablaban de servir, su idea era más bien la de la responsabilidad. El término *servicio*, por aquella época, pertenecía más bien a la fraseología de Falange, y ya he comentado que la ideología falangista no estaba muy presente por allí. Los Jesuitas nos hablaban sobre todo de responsabilidad. Nos decían, como algo normal y natural, que nosotros acabaríamos teniendo entre manos asuntos de cierta importancia social y, por lo tanto, debíamos prepararnos para estar a la altura. Se daba por supuesto que todo ello acabaría ocurriendo en beneficio de los demás; es decir, que en modo alguno se fomentaba ningún tipo de individualismo o competitividad agresiva; al contrario. Recuerdo una encuesta que nos hicieron un día en clase —quizá estaríamos en cuarto de bachillerato— donde nos preguntaban qué pensábamos ser cuando fuéramos mayores. Tal vez aquello formaba parte también de alguno de los sistemas para descubrir posibles vocaciones religiosas. Y a mí me hace gracia recordarlo porque ya en aquella época contesté que quería ser catedrático de universidad, que quería ser periodista —la verdad es que me encanta todo lo que pueda ser comunicación— y alguna otra cosa que luego he visto que se ha ido, en cierta medida, cumpliendo.

¿Qué grandes diferencias encuentra entre el ambiente educativo que usted vivió y el actual?

Creo que actualmente hay dos factores que han cambiado por completo el panorama educativo. El primero es la televisión, sin duda ninguna. Actualmente los chavales se pasan horas delante de la televisión y eso puede más que cualquier profesor por mucho magnetismo

que tenga. El segundo es la mucha menor influencia de la familia en la educación. Ya he comentado que el colegio se había convertido en tópico presentarlo como una «prolongación del hogar». En cierta medida lo era; había una gran continuidad entre una cosa y otra. Recuerdo que los jueves por la tarde —cuando la vacación aún era los jueves— me iba con un primo hermano mío a su casa a leer juntos, cosa que curiosamente ponía muy nerviosa a mi tía, que consideraba más saludable que saliéramos por ahí, como todo el mundo. Mis primeros ahorros me los gasté en novelas de Salgari. Había una colección entonces muy bien editada por Bruguera, y llegué a tener veintitantos volúmenes; me los bebía. Es un vicio el de la lectura que cogí muy pronto, además del de jugar al fútbol.

¿Favoreció el colegio su afición por la lectura?

En parte, sí. Tuvimos un excelente profesor al que Antonio Burgos, con toda justicia, evoca mucho en sus escritos. Era un jesuita —el padre Lorenzo Ortiz, ya fallecido— que nos daba clase de literatura y nos dio a conocer una serie de autores que no eran del todo políticamente correctos por entonces, desde Juan Ramón Jiménez o García Lorca hasta Salinas o Cernuda, pasando por el resto de la generación del 27. Esos autores y su forma tan viva de enseñar nos hizo cogerle gusto a la literatura. Habíamos tenido otro profesor en cuarto de bachillerato con el que nos habíamos tenido que aprender de memoria títulos y autores; pero no nos enfrentábamos a los textos, como con el padre Ortiz. Recuerdo los versos de Juan Ramón Jiménez sobre la poesía pura, desnuda, para siempre. Incluso, a veces, dábamos un pequeño grupo paseos con él al acabar la clase, y nos hacía mirar el malva de la tarde del que habla Juan Ramón; en fin, una serie de situaciones que a la larga resultaban bastante formativas.

¿Qué cualidades considera usted imprescindibles en un buen profesor?

Yo —que al fin y al cabo me he dedicado a esto también— creo que, en primer lugar, debe pasarlo bien haciendo lo que hace. En el fondo, la enseñanza es un contagio; se trata de contagiar una afición y para eso es imprescindible, ante todo, tenerla. Afición por lo que se trabaja y por lo que se enseña. Cuando uno ve a alguien que disfruta

con una cosa es fácil que se contagie e intente participar. Enseñar es una profesión que no se puede ejercer de forma forzada; el que llega a dar clase por obligación acaba siendo un verdadero desastre. Sin embargo, alguien capaz de contagiar su afición es un educador perfecto. A la hora de la verdad, la transmisión de valores y hábitos es más fruto del ejemplo que de los discursos.

Su colegio no era mixto, ¿cómo vivió usted esa circunstancia?

No creo que eso supusiera ningún tipo de trauma para ninguno de nosotros. Recuerdo que había una especie de simetría entre determinados colegios; estaba por un lado el de los Jesuitas y por otro el del Sagrado Corazón, donde estudiaban mis hermanas y las hermanas de muchos de mis compañeros de colegio. Luego coincidíamos en los guateques, en casa de unos y otros. Como, por otra parte, el horario escolar era bastante intenso, no se echaba mucho de menos esa cuestión. Lógicamente, en los días de vacación surgía el contacto, casi siempre en el ámbito familiar, con las madres estando sin estar. Tampoco en aquella época había aún discotecas, ni sitios donde encontrarse chicos y chicas en la calle; salvo que se fuera al cine en pandilla. Ya cuando estábamos en tercero o cuarto de bachillerato entra en juego el «picú», con *Volare* y Domenico Modugno; todo un mundo. Recuerdo que cuando uno se quedaba enfermo en casa y ponía en la radio los programas de disco dedicado solo se oía copla española. La primera vez que oí en una radio algo que no fuera eso fue cuando llegó Paul Anka cantando *Diana*. En Sevilla fue por cierto una emisora de los Jesuitas, Radio Vida, que luego se integró en la COPE, la primera en poner música moderna española y de conjuntos sudamericanos. Lo que había en Radio Sevilla era lo más comercial; la mayoría de la gente pedía oír a Antonio Molina y a Conchita Piquer, y de ahí no los sacaba nadie.

Además del padre Lorenzo Ortiz, el profesor de literatura que ha nombrado anteriormente, ¿a qué otros profesores recuerda especialmente?

Es curioso, porque mi experiencia es que el profesor duro y poco simpático a la larga suele dejar casi siempre un aire más entrañable; no

solo en el colegio, también en la universidad. Había un profesor muy pintoresco —incluso para los tiempos aquellos—, un famoso catedrático de Derecho Romano, don Francisco de Pelsmaecker, que nos colocaba en puestos fijos en clase para pasar lista visualmente y abroncaba de vez en cuando al vecindario. Ese tipo de profesor acaba siendo un tanto entrañable, visto luego en la distancia. Hubo muchos profesores que me aportaron cosas muy positivas. Ya he hablado también antes de mis profesores de filosofía y de griego en el colegio; quizá los recuerde en especial porque luego me he dedicado a la filosofía del derecho. Pero son muchos los profesores de los que guardo grato recuerdo.

¿Cuál es su opinión sobre la enseñanza confesional?

Como ya he dicho anteriormente, sin duda, para la mayor parte de los alumnos el motivo fundamental de que nos hubieran llevado a los Jesuitas era la formación religiosa que íbamos a recibir; porque en Sevilla no faltaban colegios laicos muy considerados con similar o mejor preparación profesional. Puede que hubiera padres que llevaran a sus hijos a ese colegio para mantenerse o acceder a un marco social determinado, pero creo que eran los menos. Para nosotros, aquello era lo normal, porque la mía era una familia cristiana, muy vinculada por otra parte a todo el mundo cofradiero sevillano, desde siempre. Creo que, para mí, la catequesis han sido las cofradías. Yo pertenezco desde que nací a la cofradía de San Juan de la Palma, donde sigo saliendo de *nazareno* todos los años. Para darse una idea de lo que eso supone tendría que recordar un fenómeno realmente curioso. Durante años, mientras vivía una hermana de mi padre que era monja, abadesa de un convento muy cercano a la iglesia de San Juan de la Palma, el Domingo de Ramos nos llegábamos a reunir ciento veintitantos Olleros, de tres o cuatro generaciones, a comer allí antes de que saliera la cofradía. Muchos de ellos venían de Madrid o de Cádiz; de sitios diversos de España. Si uno ve las listas que se exponen en la sede de la Hermandad, verá Olleros por todas partes. Solo de mi generación, somos cincuenta y tantos primos-hermanos, ya casi todos con hijos. Como decía, para mí la principal catequesis ha sido el que me hayan llevado a los cultos de la Hermandad de pequeño. Recuerdo que contaba los años que me faltaban para poder salir de *nazareno*, porque en mi cofradía solo

se salía a partir de los doce años, lo cual cobraba aires de rito de iniciación.

Parece que la cofradía y todo lo relacionado con ella fue un aspecto importante en su vida infantil porque usted habla de ella con verdadera pasión.

Por supuesto; además se trata de una cofradía a la que llaman el *Silencio blanco*, porque salimos el Domingo de Ramos vestidos de blanco pero con el rigor, el silencio y la seriedad propios de las hermandades que visten de negro. El paso del Cristo representa la escena del silencio ante el desprecio a Herodes. Es una cofradía muy querida en Sevilla, con mucho sabor y mucho arraigo; como pasa, por ejemplo, también con la de la Virgen del Valle, que sale el Jueves. No está entre las más famosas fuera de Sevilla, ni entre las más folclóricas, pero sí tiene un peculiar peso en la ciudad.

Hablemos ahora de la situación educativa actual española. ¿Cree que en la práctica se ha conseguido la libertad de elección de centros de enseñanza y la pluralidad que establece la Constitución española?

Creo que la solución a la que se ha llegado parece muy favorable. Cuando se redactó la Constitución era uno de los temas más complicados; pero luego las dos sentencias del Tribunal Constitucional, tanto la que se pronuncia sobre el recurso que el PSOE plantea al estatuto de centros de la UCD, como la posterior respecto al recurso de AP relativo a la LODE, dejan bastante bien enmarcado el campo de juego. Por un lado, se ha escolarizado a todo el mundo, y por otro hay libertad de elección; luego se podrá discutir el detalle. Indudablemente, en las comunidades autónomas gobernadas por los socialistas suele haber más impedimentos y complicaciones respecto a la libertad de elección que, por ejemplo, en Cataluña, en el País Vasco o en Galicia. A mi entender se ha llegado a una solución bastante razonable, que respeta la libertad de cada cual; el ambiente político de «guerra escolar» va haciéndose excepcional. Me parece que el problema ha quedado bastante bien resuelto, sobre todo por la interpretación que del artículo 27 ha hecho el Tribunal Constitucional.

¿Cuál es su opinión acerca de la LOGSE y de su proceso de implantación?

La verdad es que soy muy escéptico respecto a las leyes de educación. A la hora de la verdad, la educación tiene como protagonista al profesor. En ese aspecto, es curioso el fenómeno que se ha producido con la LOGSE. En principio, es un proyecto socialista, que cuenta con el apoyo implícito de la enseñanza pública. Sin embargo, hoy día, quienes la mantienen viva son, sobre todo, los centros privados. Son los que de verdad le están sacando partido y se la han tomado como cosa propia, aprovechando los ámbitos de libre configuración que deja abiertos. En el fondo, tampoco hay ningún tipo de control especial respecto a los contenidos. Yo he observado, con alguna sorpresa inicial, especialmente cuando desde la oposición me ocupé de los temas de Educación en el Parlamento durante diez años, en qué medida los principales valedores de la LOGSE han sido al final los centros religiosos integrados en la FERE. En concreto, la propuesta que manejaba el Partido Popular de modificar el bachillerato ampliándolo a tres años, acaba pareciendo inviable en buena parte, porque no suscita particular entusiasmo en ese sector, presuntamente crítico. A esos centros parecía interesarles mucho más disfrutar de concierto durante los cuatro años de la actual secundaria que correr el riesgo de perder un año de concierto si, al no ser obligatorio el bachillerato, se hubiera pasado a un sistema de gratuidad diverso, apoyado en becas o fórmulas por el estilo. Mientras, en la enseñanza pública he observado un cierto desánimo y, en general, menos querencia a tomarse la reforma como cosa propia. Creo que a esta paradójica situación contribuyen dos razones. Por un lado, la enseñanza pública está siendo la víctima fundamental de la pérdida de un factor decisivo para la educación: la familia. En la actualidad, a muchos centros públicos situados en la periferia de las ciudades llega un tipo de alumno sin ningún modelo de formación previa en el ámbito familiar; faltos, por ejemplo, de todo concepto de la autoridad. Esto genera una especie de rompeolas que los estrella contra el profesorado, que es el llamado a ejercerla por vez primera, empezando casi desde cero. Por otro lado, puede faltar a veces la mentalidad de trabajar en cosa propia. En ese sentido, en la última ley socialista sobre organización de los centros ya se apuntaban atisbos,

criticados como encubiertamente «privatizadores», que luego no se han continuado porque ha habido cierta parálisis legislativa, dada la situación de reducida mayoría parlamentaria en la que estamos. Pienso que es una vía inevitable, si se quiere que la enseñanza pública tenga un mínimo de calidad: que las cosas se organicen de modo que pueda haber una impronta personal por parte de los gestores de la enseñanza pública, respecto al tipo de centro que quieren hacer de acuerdo con su entorno; que no se encuentren al frente de un asunto cortado burocráticamente en serie, en el que además —al no reconocerse el esfuerzo personal— da igual hacer una cosa que no hacerla. Así, en más de un caso, los profesores lo que están deseando es acabar para poder salir corriendo.

Hay sectores del profesorado de la enseñanza pública que achacan el mal funcionamiento de la LOGSE en sus centros a la falta de financiación para ello.

Hombre, supongo que un incremento de financiación viene bien para cualquier actividad; pero no creo que hoy día sea ese el principal problema. Es más, en muchos centros, lejos de estar infradotados, hay elementos a los que no se les saca razonable partido. También en la enseñanza pública puede acusarse otro fenómeno, satisfactorio por tantos otros motivos: el mayor acceso de la mujer al mundo del trabajo. Van abundando los matrimonios donde trabajan ambos en sitios distintos, lo cual genera cotidianamente una mayor «movilidad» del profesorado, urgido por los obligados desplazamientos. En los centros privados, que suelen estar en zonas urbanas, los profesores viven en la misma ciudad, libres de esa presión. Conozco bastantes profesores en Granada, por ejemplo, que pueden estar dando clase en Guadix; los cuales al terminar el horario marcado, cogen el coche y adiós muy buenas. Antes el profesor, a poco que se descuidara, vivía en el centro. Creo que eso afecta más a la enseñanza pública. O sea, que a esta le toca al final siempre bailar con la más fea.

¿En términos generales cree que el sistema educativo actual ha mejorado con respecto al que usted vivió como estudiante?

Desde luego, tiene muchos más medios. Como ya hemos visto antes, el profesorado está bastante mejor preparado. Diríamos que las condiciones objetivas no admiten comparación alguna, a favor de lo

actual. El resultado práctico ya es otra cuestión. Insisto en que esos dos factores, familia y televisión, han alterado por completo el panorama y pueden echar a perder —por defecto y por exceso, respectivamente— esos medios materiales y personales muy superiores. Si no se cuidan esos dos ámbitos, me parece muy difícil que el proceso educativo pueda tener resultado positivo. En mi opinión, debería haber más conexión entre el colegio y la familia; lo cual exige un centro escolar menos burocrático y más personalizado, también en su gestión, aunque sea público. Es indudable que tanto la familia como los profesores tienen que abordar juntos el papel de la televisión; no, desde luego, desde una óptica represiva, pero sí orientativa. Creo que el porcentaje de fracaso escolar es similar al que había en otro tiempo; pero la selección acababa más condicionada por motivos económicos, aunque también hubiera muchos menos alumnos listos que fracasaran, por estar más atendidos. Hoy, sin embargo, hay afortunadamente en España una clase media muy amplia —e incluso media baja— muy consciente de que la enseñanza de sus hijos tiene la máxima importancia. A veces, por falta de información, pueden enfocar mal esa preocupación. Por ejemplo, en el ámbito universitario y en lo que a la enseñanza privada se refiere, se puede acabar produciendo —en algún caso— el timo de la estampita. La gente a veces traslada el cliché heredado de la enseñanza media, que atribuye por rutina a la privada la calidad, y eso le lleva a meterse en unos huertos inconcebibles. Pero, por lo menos, hay esa preocupación; esa idea clara de que la mejor forma de gastar el dinero es dedicarlo a la educación; eso es muy positivo, los padres van entendiendo la educación como inversión.

Los profesores actualmente tienen un poco de confusión, porque todo va cambiando muy deprisa.

Sí. En la enseñanza pública, en concreto, un profesor situado quizá en un ambiente hostil; si, además, las condiciones en que la gestión del centro se produce no le brindan marco para ningún tipo de creatividad, la verdad es que tiene difícil sacar el asunto adelante. De todas maneras, conozco centros públicos donde sí se ve esa impronta. Por ejemplo, en Madrid el centro de formación profesional La Paloma —por decir uno donde he tenido oportunidad de dar alguna conferen-

cia— funciona con cierto aire de colegio privado. Por allí me encontré, por ejemplo, a Gómez Llorente, que es profesor del centro. Creo que hay que ir a centros públicos con una gestión más personalizada, donde el profesorado pueda sentirse motivado. Recuerdo que en Granada hubo unos años en que los catedráticos de la universidad mandaban a sus hijos masivamente al instituto Padre Manjón, que era un centro experimental que había montado Federico Mayor Zaragoza. Muchos quitaron a sus hijos de los colegios religiosos y los mandaron allí, porque cobró gran prestigio de calidad profesional y aparecía muy vinculado a la universidad. Esa será la solución para la enseñanza pública: crear unas condiciones que permitan ofrecer calidad. Pero insistiría en la idea de que los protagonistas del sistema educativo son los profesores. La clave está en que el docente transmita al alumno esa sensación de que lo que hace lo haría también gratis, porque le gusta. En la Universidad de Granada, uno va un domingo a la facultad y no es infrecuente encontrar a compañeros trabajando, simplemente porque les gusta. A esos profesores, cuando den clase el martes o el miércoles, seguro que se les notará que disfrutan.

Raúl Cremades

**NADIE OLVIDA A
UN BUEN MAESTRO**

**RECUERDOS ESCOLARES DE TREINTA
PERSONALIDADES ESPAÑOLAS**

Con la colaboración de Manuel Vela Cabrera

Prólogo de Federico Mayor Zaragoza



ESPASA  HOY

Directora: Pilar Cortés
Editora: Olga Adeva

© Raúl Cremades, 1999
© Espasa Calpe, S. A., 1999

Diseño de cubierta: Tasmanias
Realización de cubierta: Ángel Sanz Martín
Ilustración de portada: J. Martínez León / Press Images
Foto del autor: Enrique García
Ilustraciones de interior: Miguel Zavala (Julio Anguita), Casa de su Alteza Real la Condesa de Barcelona y EFE (Condesa de Barcelona), Reebok (Fermín Cacho), Gyenes y Saez (Leopoldo Calvo-Sotelo), Gilberto Villamil (Luis Martí Mingarro), Crismakolor (Rafael Navarro Valls) y Eduardo Peón González (Gregorio Peces-Barba)

Depósito legal: M. 40.031-1999
ISBN: 84-239-7793-5

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km 12,200. 28049 Madrid